

Rezos en el campo. Sociabilidad y religión en niños inmigrantes rurales en Buenos Aires, 1950-1970

Celeste De Marco*

Resumen

El trabajo toma dos experiencias de colonización agrícola que concentró familias inmigrantes en los bordes urbano/rurales del Gran Buenos Aires, para el período 1950-1970. En estos espacios habitados por familias rurales de distintos trasfondos, culturas, idiomas y prácticas religiosas, se enfoca en el aspecto religioso y, en particular, en la instrucción de catequesis como espacio de reunión, sociabilidad e integración infantil a los nuevos lugares. Se reflexiona sobre las experiencias en torno de las creencias y costumbres, la adaptación al nuevo medio, como también en su incidencia en las prácticas de sociabilidad infantil. En ese entramado se destaca la importancia de la integración en espacios religiosos locales junto con el estrechamiento de lazos a través del padrino, aspectos que contribuyeron a consolidar diferentes facetas de la vida social infantil, pero también el arraigo de sus propias familias en un nuevo espacio.

Palabras clave: niñez rural, sociabilidad, arraigo, inmigración, religión

* Doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes (2018). Becaria postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en el Centro de Estudios de la Argentina Rural, Universidad Nacional de Quilmes (CEAR-UNQ). Correo electrónico: celestedemarco88@gmail.com

Rezoes en el campo. Sociabilidad y religi3n en ni1os inmigrantes rurales

Prayers in the countryside. Sociability and religion in rural immigrant children in Buenos Aires, 1950-1970

Abstract

This article takes two experiences of agricultural colonization that concentrated immigrant families in the urban / rural borders of Gran Buenos Aires, between 1950-1970. In these spaces inhabited by rural families of different backgrounds, cultures, languages and religious practices, it focuses on the religious aspect and, in particular, on the instruction of catechesis as a meeting place, sociability and children's integration. It reflects on the experiences around beliefs and traditions, adaptation to the new environment, as well as its impact on child sociability practices. This framework highlights the importance of integration into local religious spaces together with the strengthening of ties through sponsorship, aspects that contributed to consolidate different facets of children's social life, but also the roots of their own families in a new space.

Keywords: rural childhood, sociability, social root, immigration, religion

Introducción¹

El presente artículo se propone articular el estudio histórico de la infancia con renovaciones propias de la historia social y sus derivas sobre el abordaje pretérito de lo rural, bajo el particular prisma de la sociabilidad y las experiencias formativas religiosas. En otras palabras, se procura poner atención en uno de los sujetos más subrepresentados e invisibilizados en la historiografía, es decir, los niños que habitaron el multiforme campo argentino.

En ese sentido, se opta por una perspectiva que considera las experiencias infantiles y procura retratar sus prácticas a través de la participación en diferentes ámbitos, incluyendo actividades productivas y educativas, en especial aquellas vinculadas con la fe católica.

Se toma como punto de partida el análisis de dos colonias agrícolas fundadas durante el peronismo histórico (1946-1955), radicadas en zonas rurales cercanas a ciudades en los partidos de Florencio Varela y La Plata. En ellas, mediante la acción del Estado nacional y provincial, numerosas familias -en su mayoría de origen inmigrante- encontraron tierras para asentarse y producir. Y, junto con ellas, también llegaron numerosos niños que nutrieron el paisaje con sus labores, juegos e iniciativas.

El estudio de ese grupo de niños colonos resulta sugerente en múltiples sentidos, porque implica revisar tradicionales nociones de un campo que, se supuso, era habitado en esencia por adultos varones. Además, supone recomponer una trama infantil poco atendida en espacios aún poco explorados historiográficamente como son los bordes urbano-rurales, para iluminar cuestiones relativas a aspectos productivos, económicos, migratorios, familiares, comunitarios, pero también relacionados con la recreación, sociabilidad³ y vida cotidiana.

¹ El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación postdoctoral "En el campo y más allá de la ciudad. Condiciones de vida y cotidianidad de familias y niños rurales en la zona pampeana (Décadas 1950-1970)", financiado por el CONICET, bajo la dirección de la Dra. Talía Gutiérrez. Agradezco las valiosas sugerencias realizadas por Natalia Fernández y Macarena Sáenz Valenzuela.

Es importante indicar que existen miradas consolidadas sobre la incidencia de la instrucción religiosa en el ámbito escolar a través de la formación de valores y moralidades, funcionales a un modelo de ciudadanía determinado en la construcción de la Nación Argentina (Puiggrós, 2012; Tedesco, 2003). Lo anterior, en estrecho vínculo también con el “mito de la nación católica” labrado en los cimientos del país (Zanatta, 1996). Para la etapa que nos ocupa, además, es posible encontrar abordajes específicos sobre la tensa relación entre peronismo y catolicismo, examinada bajo el prisma educativo (Bianchi, 1992; Bernetti & Puiggrós, 1993).²

En esa línea, es necesario considerar que, precisamente porque el componente religioso en tareas educativas permeó en diferentes sujetos infantiles, en línea con la intención de “argentinizar” la divergencia, hay que reconocer también aquellas propuestas que se dirigieron a grupos que excedían los contornos cosmopolitas, por ejemplo, la niñez indígena en diferentes escenarios regionales, desde una mirada histórica (Nicoletti, 2008; Artieda, Liva, Almirón & Nazar, 2015).

Por último, existen estudios bibliográficos más recientes orientados a aglutinar líneas de investigación multidisciplinarias en torno de la niñez y la religión, dado que el interés por doctrinas, deseos y prácticas religiosas específicamente infantiles es más bien reciente (Ridgeley, 2012; Palacios et.al., 2018). Sin embargo, a pesar de que la atención por la niñez rural desde una mirada histórica ha ido cobrando interés, la integración de la dimensión religiosa supone un aspecto con vetas poco exploradas.

En el marco de estas preocupaciones, entonces, destacamos la importancia de la transmisión de conocimientos religiosos entre generaciones en marcos familiares, pero también a través de institucionales escolares donde la instrucción formal quedó impregnada

² No obstante, en un sentido más genérico es posible encontrar estudios clásicos sobre la historia de la infancia que atienden a la sensibilidad respecto de la niñez y su representación en el ámbito religioso, así como la individuación y afectividad sobre estos grupos en el marco de transformaciones familiares, junto con formación pedagógica infantil en torno de discursos católicos (Ariés, 1960; Gélis, 1987).

de preceptos morales y espirituales, dirigidos a un sujeto infantil considerado privilegiado por su presunta permeabilidad. En ese sentido resulta interesante comprender la socialización religiosa a través de la cotidianidad, los lazos intradomésticos y las memorias familiares (Zaro, 2016).

Por lo tanto, el estudio de la niñez en relación con la religión no es un tema novedoso, aunque presenta aristas por descubrirse. Tal vez porque se consolidó una perspectiva adulta sobre estas cuestiones, al asumir tácitamente la irrelevancia de los niños en aspectos como espiritualidad y rituales religiosos (Gottlieb, 2008). Aunque la presencia infantil en los estudios históricos también es reciente, y supone dismantelar argumentos adultocéntricos y androcéntricos firmemente enraizados. De este modo, el cruce de estas preocupaciones con las particulares circunstancias de los escenarios rurales de mediados del siglo XX, donde la inmigración estuvo tan presente, se muestra como una cuestión con oportunidades interesantes para la reflexión.

El abordaje metodológico elegido es de tipo cualitativo, e involucró el análisis de fuentes primarias (informes técnicos, publicaciones oficiales de entes colonizadores, prensa de época), pero fundamentalmente la producción de memorias a través de entrevistas semiestructuradas. Las personas entrevistadas fueron hombres y mujeres seleccionados con base en la figura del informante clave. Los ejes que nortearon las preguntas, en esencia, se vincularon con la vida cotidiana infantil en los espacios rurales, incluyendo roles, tareas y experiencias. Al respecto es importante notar dos aspectos. Primero, que todos los entrevistados tenían entre 5 y 12 años cuando llegaron a las colonias, una cuestión que escapó a toda previsión y respondió a cuestiones del ciclo vital. Segundo, que todos eran hijos de colonos, es decir, de familias propietarias. El panorama de los peones y sus familias resultó difícil de recomponer en virtud de su movilidad.

Finalmente, se propone la recuperación histórica de experiencias infantiles relacionadas con la catequesis como experiencia formativa en escenario rurales atravesados por una política estatal particular, es decir, la colonización agrícola. Se señala la importan-

cia que adquirió la sociabilidad infantil en términos que excedían a las experiencias propias de este grupo. En ese entramado, se destaca la integración en espacios religiosos locales junto con el estrechamiento de lazos -entre pares, y a través del padrinozgo-, aspectos que contribuyeron a consolidar diferentes facetas de la vida social infantil, pero también el arraigo de sus propias familias en un nuevo espacio.

Un mundo a extramuros

Al igual que sucedió en otras regiones de América Latina, en Argentina la colonización agrícola se presentó tempranamente dentro del abanico de políticas agrarias posibles. Acaso sus particularidades que adquirió en nuestro país expliquen la importante atención que recibió desde la historiografía. Por un lado, su longevidad a lo largo de dos siglos (XIX y XX), no carente de idas y vueltas, investida muchas veces de potentes discursos sobre el arraigo rural. Por el otro, más interesante aún -y menos enfatizado también- es que fue una de las pocas políticas pensadas y dirigidas concretamente a la familia rural.

Es sabido que la mejor etapa de esta política se desarrolló sobre mediados y finales del siglo XIX con un importante desarrollo en provincias como Santa Fe y Entre Ríos. Sin embargo, en el siglo XX la colonización fue retomada discursivamente tanto como en la práctica por sectores políticos, académicos y sociales con diferentes orientaciones e intereses (Blanco, 2008).

Por supuesto pervivían representaciones sobre la vida rural que dotaban a esta política de significados positivos (Gutiérrez, 2012). Pero, al mismo tiempo, la colonización abría puertas a la ocupación y producción de tierras cercanas a las ciudades en el marco de las guerras mundiales y sus respectivas posguerras. A partir de la década de 1930 esta veta comenzó a ser discutida y más tarde explorada con la idea de profundizar la producción alimenticia a tono con preocupaciones propias del escenario internacional (De Marco: 2018a).

De esta forma, la intención de crear colonias en nuestro país se convirtió en una idea sumamente atractiva que respondía a más de un problema. Permitía potenciar producciones de primera necesidad bajo una atenta mirada estatal que podía imprimir una dirección concreta. Sobre todo, era un modo de asentar familias en zonas rurales para frenar el conjurado éxodo rural y minimizar el crecimiento urbano que tanto preocupaba. Si, además, era posible realizar estos proyectos en espacios productivos cercanos a las ciudades para garantizar el abastecimiento, el éxito de la empresa parecía estar asegurado. Este tipo de políticas quedó en manos del Consejo Agrario Nacional (1940) y en el ámbito de la provincia de Buenos Aires, pionera en la materia, a través del Instituto Autárquico de Colonización (1936).

En ese sentido, los espacios periurbanos empezaron a ser vistos con interés. Su proximidad a las ciudades no sólo abarataba las producciones, sino que también (al menos, en teoría) beneficiada el arraigo de las familias colocadas en las colonias. Se suponía que su radicación en espacios rurales accesibles a las ofertas que brindaba el medio urbano no representaría una tentación que supusiera el abandono del hogar rural, por el contrario, sería más bien un aliciente frente a los costos de la adaptación (Galli Pujato, 1950). La colonización, como política polifacética y siempre bienvenida en el temario oficial, aunque con diferentes tonos, mostraba un perfil específico al ubicarse en los contornos rurales de lo urbano, donde las familias tenían un rol específico que desempeñar.

Con estas premisas en mente el peronismo histórico (1946-1955) barajó varias opciones de creación de colonias en zonas periurbanas, es decir, a extramuros de un mundo urbano que todavía tenía bordes rurales y que, cada vez más, se extendía sobre ellos. Si bien es cierto que el peronismo nacional tuvo una relación pendular con la colonización (primero la incorporó en su campaña preelectoral, luego fue abandonándola por los rigores productivistas del segundo gobierno) en Buenos Aires se dieron varias concreciones de estas características.

El Gran Buenos Aires tenía numerosos espacios de características interesantes para concretar colonias de producciones inten-

sivas como Sarandí (1951), La Capilla (1951), Justo José de Urquiza (1951), Banderitas, Los Porteños, entre otras. En efecto, en la provincia la colonización cobró una importancia peculiar incluso cuando a nivel nacional perdía vigencia.⁴ Aun así, la colonización comenzó a perder fuerza en el nuevo contexto (Lattuada, 1986; Blanco, 2007; Balsa, 2013).

Durante la etapa posperonista la colonización perdió impulso, escindida por el cambio de escenario político y económico, cuestionada por sectores conservadores ligados a la burguesía rural. Aunque durante la década de 1960 el desarrollismo volvería a proponerla, las limitaciones e intermitencias anunciaron el lento pero inexorable final de la política.

En el contexto brevemente reseñado es posible ubicar los casos de “Colonia La Capilla” y “Colonia Urquiza”, creadas en 1951. La primera de ellas fue proyectada y realizada por el Instituto Autárquico de la Provincia de Buenos Aires (IAC), y la segunda por el Consejo Agrario Nacional (CAN). Sus ubicaciones eran claramente periurbanas,³ por lo que asumieron un perfil intensivo mediante la producción de hortalizas y flores, especialmente de mano de japoneses, y en menor medida, de portugueses (De Marco, 2016).

No sería desatinado suponer que estos espacios rurales hubiesen sido habitados por familias criollas de origen rural, porque, después de todo, la normativa colonizadora disponía que tendrían prioridad. Pero la realidad mostró otros rasgos. Sus poblaciones estuvieron configuradas mayoritariamente por familias de origen inmigrante con divergentes recorridos transoceánicos, además, en general de reciente arribo al país.

Lo anterior se vinculaba con el hecho de que Argentina experimentaba en la década de 1950 uno de los últimos ingresos oleadas migratorias de este tenor. Eso implicó que hubiera familias de diversos orígenes circulando por zonas urbanas o rurales de partidos cercanos a la capital federal, en busca de un lugar don

³ En el caso de “Colonia La Capilla”, a 15 kilómetros de la ciudad cabecera de partido y a 30 kilómetros de la capital federal. La “Colonia Urquiza”, en cambio, a sólo 10 kilómetros de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires.

de asentarse (Biernat, 2007). Muchos de ellos lograban ingresar a espacios productivos en calidad de arrendatarios, medieros o peones, aguardando la oportunidad de acceder a la propiedad de un terreno propio. La colonización, en ese sentido, aparecía como una inmejorable estrategia en el ciclo vital de estas familias (De Marco, 2018a).

En este contexto, las colonias “La Capilla” y “Urquiza” recibieron, entonces, numerosas familias inmigrantes que llegaron mediante un convenio o espontáneamente, derivadas a las colonias por recomendación de instituciones estatales con las que tomaban contacto o por la circulación de la novedad en sus propias redes migratorias. Las familias fueron ubicadas en ambos casos en lotes que promediaban las 5 hectáreas, lo que denotaba el tipo de producciones que se esperaba que desarrollaran (De Marco, 2018a).

Sin embargo, a pesar de las similitudes, es cierto que mostraban rasgos diferentes. En “La Capilla” había más variedad de orígenes (portugueses, ucranianos, alemanes, holandeses), aunque con predominio de japoneses e italianos. Estos grupos, además contaban mayormente con varios hijos menores en edad escolar. En cambio, en colonia “Urquiza” primero llegaron unas escasas familias italianas con hijos más grandes, una situación que cambiaría drásticamente en la década de 1960 cuando se instalaron numerosas familias japonesas con hijos pequeños.

Con estas características las colonias se configuraron como escenarios en los que no estuvieron ausentes asociaciones étnicas y cooperativas, pero también escuelas, emprendimientos que adquirieron particular brillo entre 1950-1960, etapa de despliegue en el que primó el trabajo familiar.⁴

Estas características permiten recomponer históricamente un periurbano bonaerense pensado como escenario de políticas (en

⁴ Hacia la década de 1980 las colonias per se habían desaparecido o se habían transformado rotundamente, aun cuando los espacios retenían rasgos de ellas. Durante esta etapa ingresó otro tipo de inmigrante, de origen limítrofe, en general desde Bolivia y Paraguay, brindándole otros rasgos sociodemográficos a estos espacios.

particular, colonizadoras), alcanzado por la inmigración ultramarina. Y a un nivel más microscópico, también parte de las decisiones y cursos vitales de diferentes familias de extracción rural.⁵

De este modo, las colonias se presentan como escenarios circunscriptos de interesantes características para pensar en sentidos productivos, migratorios y socioculturales, donde además intersecaron políticas y familias, lo urbano y lo rural, en claves que aún componen un entramado más bien oculto del pasado rural. En ese sentido, a continuación, se propone explorar el panorama infantil con el objetivo de desentrañar aspectos relacionados con la sociabilidad y el arraigo, con reparo en determinadas facetas cotidianas impregnadas por la fe y la religión.

Surcos, guardapolvos y compinches

Como se adelantó, la reconstrucción de las colonias agrícolas como escenarios de la vida de decenas de niños inmigrantes se fundamentó en la producción de memorias.⁶ Es importante notar que los recuerdos fueron extraordinariamente valiosos para recomponer un mundo socio-productivo desaparecido a partir de la particular mirada de la infancia. Las palabras que expresaron lo vivido alumbraron aspectos como prácticas de trabajo, abastecimiento, circulaciones y tareas según el género. Pero también aspectos relacionados a la vida social de adultos y niños, lo que permitió repensar las claves cotidianas de un espacio rural atravesado por la cercanía con el mundo urbano.

En ese sentido, es posible encontrar algunos nudos que conectan las experiencias. Por ejemplo, las memorias reiteran expresiones que remiten al sentimiento de soledad que significaba vivir en las colonias como espacios despoblados, fríos y aburridos, especialmente en los comienzos. Es necesario tener presente que la

⁵ En verdad, incluso cuando no existieran los marcos regulatorios de la colonización oficial, las áreas rurales cercanas a la capital contaban con familias de origen europeo u oriental que las trabajaban (De Marco, 2019).

⁶ Sobre aspectos vinculados a la niñez, la memoria y la inmigración, desde una perspectiva histórica, resulta indispensable la lectura de Bjerg (2012)

mayoría de estos niños no sólo eran hijos de familias rurales inmigrantes, sino que ellos mismos lo eran, pues habían vivido recientemente la experiencia del desarraigo, el abandono de sus hogares y el comienzo de una nueva vida en un país de idioma diferentes y, para no pocos también, de religión extraña.

Por eso el arribo a las colonias no fue particularmente grato. Los recuerdos fluyen entre el sacrificio, la tristeza y el abandono. Sin embargo, en el discurrir de las palabras estos aspectos se empiezan a matizar a través de dos vías: el trabajo en los lotes y la asistencia a las escuelas, que absorbían gran parte del tiempo infantil. En efecto, las labores de los niños en las colonias era una realidad difundida con tareas que, aunque en general adaptadas a sus capacidades, insumían una gran cantidad de tiempo y esfuerzo. En este contexto, por supuesto, emergían distinciones acordes a edades y género, pues las tareas infantiles tempranamente se manifestaban en los lotes, pero a partir de los diez años se intensificaban y en las niñas, además, se sumaban las actividades domésticas que no las deslindaba del laboreo en el campo abierto (De Marco, 2018b).

Pero si el ámbito productivo estaba permeado por una presencia infantil que, lejos de ser accesoria, ocupaba espacios centrales en las diversas tareas hortiflorícolas (o tamberas, en menor medida), cabe preguntarse qué rasgos adoptaba su participación social, incluyendo la dimensión recreativa. El panorama sobre estos sujetos infantiles rurales estaría incompleto si no se tomara en cuenta qué hacían en sus “ratos libres”, aspecto donde se encuentran diferentes estrategias de integración al nuevo espacio con pares, como paliativos del aislamiento.

Los recuerdos más destacados remiten a los tiempos compartidos con coetáneos cuando los adultos permitían pausas en las labores para que los niños visitaran a sus amigos, cuando las familias iban a ayudar o visitar a sus vecinos o en los eventos y reuniones sociales de las colonias. En estos momentos no se perdía la oportunidad para desarrollar entretenimientos en conjunto (De Marco, 2018b).

La escuela aparece en los relatos recordada con afecto. Desde los comienzos en estos establecimientos, en ambas colonias, se replicaban en el elenco infantil las configuraciones sociales, étnicas y migratorias de las colonias. Es decir, concurrían niños de diversos orígenes, con edades e idiomas diferentes. Esta condición variopinta, que para las docentes representaba un reto, no significaba, sin embargo, un obstáculo para que los escolares encontraran modos de amigarse.

En la escuela, las niñas saltaban la soga, el elástico y jugaban con las palmas: “ir con la gomera o cazar era más de los chicos, pero nosotras sí jugábamos a la bolita”, recuerda una exalumna de la escuela de “Colonia Urquiza”.⁷ Aunque era menos frecuente, en ocasiones se visitaban en sus casas, sobre todo con ocasión de algún cumpleaños.⁹ Para los varones las opciones más repetidas eran jugar a las figuritas, con el aro o la payana.¹⁰ Más allá de las aulas, en las salidas escolares (por ejemplo, picnics en la zona, paseos a los parques de Palermo) las improvisadas parejitas de adolescentes se perdían y tenían que buscarlos, retrasando a todo el conjunto escolar.⁸

Al terminar las clases los que habían ido a la escuela en caballo solían también correr carreras, antes de llevar a otros compañeros a sus casas. Los fines de semana intentaban organizar partidos de fútbol sin observación estricta de las reglas, con más de once jugadores a cada lado de la cancha y, si se les permitía, iban juntos a pesar o cazar animales pequeños, o hacían molinetes de verdura y ramitas para poner en cursos de agua.

En ese sentido, es importante considerar que, a pesar de la cercanía de las colonias con el centro urbano, la experiencia habitual de esta niñez fue de aislamiento y de un contacto más bien austero con los bienes y servicios provistos por la ciudad. De hecho, en no pocas ocasiones los viajes son recordados como “estresantes”, ruidosos y desordenados, en comparación con la quietud campestre que los rodeaba cotidianamente.

⁷ Norma M., comunicación personal, julio de 2015

⁸ Silvia D., comunicación personal, febrero de 2015

En ese sentido, la sociabilidad infantil fue un aspecto fundamental en cuanto a concretar el arraigo de estos niños rurales, en su gran mayoría inmigrantes, en el nuevo hogar que ofrecían las colonias agrícolas. En esa trama se apropiaron de cada espacio posible, desde los salones de los clubes o cooperativas, hasta las actividades al aire libre como asados, domas, quermeses o festejos en época de carnaval.

De igual modo es importante destacar que los niños japoneses tenían una oferta de formación y entretenimiento propia de su comunidad. Con clubes nipones en ambas colonias que contaban con escuelas de su idioma destinadas al público más joven, los pequeños participaban también en festejos como el día del abuelo, del niño y de la niña. En cada situación debían desempeñarse a través de actuaciones (canto, baile, deporte) como demostraciones de su pertenencia étnica (De Marco, 2018a).

De lo anterior se desprende que existían múltiples modos de experimentar el entretenimiento, de hacer amistades, de consolidar una trama de sociabilidad interrumpida por la migración. Sin embargo, más allá de las experiencias en el ámbito de las escuelas, se abría también todo un panorama particular a través del contacto con las prácticas religiosas.

Cruces de oro

Como se señaló, las colonias agrícolas referidas fueron espacios rurales atravesados por una política, habitados por familias con distintos trasfondos migratorios, culturales y lingüísticos, pero también con una variedad de prácticas religiosas. Algunas familias, como las italianas o portuguesas y españolas, estaban formadas por adultos que habían sido criados en el catolicismo y que reproducían sus creencias en su prole. Una minoría también estaba integrada por familias alemanas u holandesas que profesaban alguna variante del protestantismo. Pero, además, en este escenario se debe integrar el caso de los japoneses.

Los japoneses eran un grupo numeroso en ambas colonias. Entre ellos se contaban familias que tradicionalmente habían profesado el budismo o el sintoísmo y que, en algunos casos, mante-

nían prácticas vinculadas con estas creencias. Otras familias asiáticas que llevaban varias décadas en el país, en cambio, habían adherido a la fe católica, por lo que se mostraban más permeables a la cultura local. No obstante, no pocas veces existía una cierta confluencia de costumbres y creencias, un aspecto que se hacía notable, por ejemplo, en algunas costumbres funerarias o supersticiones.

Este panorama bastante variopinto de creencias aprendidas desde la cuna o abrazadas en la adultez, con convicción o como estrategia de arraigo, devuelve la imagen de un escenario rural permeado por variedad en términos étnicos, nacionales, socio-culturales, lingüísticos, pero también de quehaceres y discursos religiosos.

Más allá de la diversidad de expresiones religiosas, también es cierto que entre los adultos a veces primaba una relación distante respecto de este tipo de prácticas. El laboreo cotidiano poco espacio dejaba para la devoción, una situación que se acentuaba, por ejemplo, porque en los comienzos no había capillas o parroquias en las proximidades de las colonias. Sin embargo, entre los niños la situación se experimentó con matices diferentes.

En efecto, las prácticas infantiles no siempre fueron réplicas de las adultas. Más allá de las horas escolares compartidas, la instrucción de catequesis resultó ser un inesperado espacio de importancia para la reunión infantil, dado que en ambas colonias tuvieron lugar enseñanzas catequistas. Y las experiencias de los niños en el marco de esta propuesta parecieron trascender pertenencias étnicas, costumbres familiares y trasfondos migratorios.

Al respecto, podemos mencionar que Martín, hijo de una familia italiana con 13 hijos, explica: “los sábados *íbamos a catecismo* y después pintábamos la escuela [N°4, de “Colonia La Capilla”], le hacíamos el jardín para el día de la bandera, el 25 de mayo, el 9 de julio, todo eso, *nosotros le poníamos todo, todos los chicos, no solamente yo*”.⁹ Los vínculos que se generaban en torno de la catequesis generaban entusiasmo para encarar tareas conjuntas

⁹ Martín G., comunicación personal, agosto de 2013

alrededor de un espacio tan valorado como la escuela, que sin dudas encarnaba mucho más que la mera instrucción del elenco infantil.

Pero aquella actividad de formación religiosa también tenía la capacidad de llegar e integrar a quienes el espacio escolar tradicional no había alcanzado. Vicenta, que llegó a “Colonia La Capilla” cuando tenía 12 años, recuerda que los primeros tiempos tuvieron un alto costo emocional. Era la única hija mujer de su familia y esos primeros años fueron una etapa de gran sacrificio: “En Italia tenía primos, acá me encontré sola. Yo decía: ‘me voy con mi tía’, pero ¿qué me iban a dejar? [...] Después me dicen ‘no, tenés que ir al colegio’ y me querían poner en primero inferior, y no quise ir, porque... ¿cuándo iba a terminar?”.¹⁰

El caso de Vicenta representa el de un grupo de niños, reducido, cuya integración al espacio escolar, a pesar de los esfuerzos realizados por las docentes, no resultó posible. A veces las distancias entre las casas y la escuela, las condiciones de los caminos, junto con exigencias parentales sobre el trabajo de sus hijos, se sumaban a la complicada experiencia de aprender un idioma, hacer amigos e integrarse a una nueva vida, todo a la vez. Sin embargo, algunos de estos pequeños sí asistían a las clases de catequesis y llegaron a tomar la comunión, por lo que encontraban en esa actividad un espacio alternativo de aprendizaje y sociabilidad.

Sobre este aspecto, algunos estudios apuntan que la primera comunión aparece en la perspectiva de los niños con marcas propias que no siempre coinciden con el mundo adulto, como un rito de pasaje e integración a una comunidad religiosa. Esto tiene que ver especialmente con la capacidad infantil de “negociar un mundo religioso diverso” y elaborar interpretaciones acerca de sus propias prácticas (Ridgeley, 2012). Lejos de ser “destinatarios pasivos” de estas enseñanzas, los niños las invisten de significado y expectativas personales para utilizarlas con sentidos estratégicos (Campigotto, 2012).

¹⁰ Vicenta G., comunicación personal, enero de 2015

Lo cierto es que, en espacios donde, a pesar de la diversidad de profesiones religiosas, existía un importante grupo que adscribía al catolicismo, no resulta llamativo que los padres quisieran que sus hijos incorporaran nociones básicas de su propio credo, incluso cuando ellos mismos no fuesen fervorosos practicantes. Sin embargo, el grupo que más manifestaba interés al respecto era el asiático.

En el caso de los japoneses, mandar a sus hijos a las clases de catequesis se trataba de una práctica que formaba parte de una decisión que trascendía lo conversado alrededor de las mesas familiares. Más bien era una decisión sopesada y aprobada en el espacio de lo étnico-colectivo. De hecho, algunos hombres considerados líderes en las comunidades por su trayectoria e intachable reputación opinaban que era necesario que los pequeños asistieran a estos espacios de formación. Esta intención nipona, no sólo de no estorbar el acceso de sus niños al aprendizaje de los rudimentos de la fe católica, sino de darles estímulo efectivo para que esto sucediera, tiene un evidente correlato en las entrevistas.

El acceso de los pequeños japoneses a las clases de catequesis implicaba un cierto grado de aculturación que no era desconocido, en la medida en que ese trasfondo cultural en el que habían sido socializados iba a sufrir cambios y las creencias de sus antepasados no se reproducirían en ellos, o al menos no de forma completa. Sin embargo, se trataba de la determinación de un colectivo inmigrante que había calculado los riesgos y beneficios de criar a sus niños bajo los ritos de otra creencia para asegurar su aceptación en la sociedad receptora.

Es oportuno señalar que las familias son el sitio principal para la socialización de creencias, valores y prácticas que constituyen una tradición religiosa y que si bien en algunos círculos familiares esto es una fuente de conflictos, en otros puede fortalecer lazos afectivos y garantizar la pervivencia de un legado generacional (Mueller y Elder, 2003; Bengston, et.al., 2009). Sin embargo, este componente aparece adulterado en los casos que analizamos, porque los adultos aceptaron una interrupción en la transmisión religiosa con el fin de garantizar la integración social de su des-

endencia, sin que eso afectase su percepción de los vínculos o fuese interpretado como una fuente de potenciales rispideces. Por el contrario, los adultos consentían que la inmersión de sus hijos en el nuevo medio implicaba la aceptación de una nueva fe.

Sin embargo, como se adelantó, si bien la “catolización” de la niñez fue una práctica difundida entre japoneses, el peso que le otorgaron las diferentes comunidades de las colonias no fue igual. A través de los relatos recuperados es posible recomponer los rasgos que presentaron aquellos espacios definidos para estas prácticas infantiles ligadas al ámbito religioso.

En “Colonia La Capilla” las reuniones de catequesis infantil fueron una actividad que cobró dimensiones importantes de mano de los Rivas, un matrimonio muy apreciado que estaba también a cargo de la cooperativa de la colonia y su almacén. Los sábados por la mañana era cuando se llevaba a cabo las reuniones en su casa, ubicada en uno de los lotes de la colonia. Un nutrido grupo de pequeños asistía a este espacio familiar para recibir las enseñanzas, aunque unos meses más tarde decidieron trasladar los encuentros a la escuela y, cuando se construyó una pequeña capilla en las cercanías sucedió lo mismo.

Al terminar los encuentros los niños aprovechaban para jugar y conversar,¹¹ un indicio sobre cómo podían apropiarse de las propuestas de los adultos y generar momentos de disfrute en espacios atravesados por el aislamiento. Por esa razón las clases de catequesis eran momentos apreciados y por ningún motivo los niños deseaban perderselas, en la medida en que garantizaba aquella sociabilidad tan necesaria como interrumpida por las circunstancias que los atravesaba.

Con el tiempo el dictado de los contenidos dejó de estar en manos de estos vecinos apreciados, los Rivas, para quedar a cargo de algunas personas ajenas a la colonia, en especial docentes de nivel secundario del centro de Florencio Varela. Sin embargo, los Rivas siguieron siendo responsables de apadrinar a decenas de

¹¹ Martín G., comunicación personal, octubre de 2014

¹² Margarita R., comunicación personal, marzo de 2016

niños japoneses de la colonia con ocasión del sacramento bautismal, momento en que cada pequeño apadrinado recibía una cadena de oro como obsequio.¹² Este recordatorio de indudable valor simbólico y material denotaba el compromiso del matrimonio argentino con la tarea que desempeñaban. Para muchos niños, además, significó un recordatorio tangible de su inclusión al medio local a través de una fe compartida con coetáneos y con sus referentes adultos.

En efecto, el matrimonio se convirtió, a partir de su rol como colonos catequistas, en una verdadera referencia para la niñez, sobre todo japonesa, que encontraba en ellos adultos con los que empatizaban en torno de aspectos de la cultura local que se convertían cada vez más comprensibles, acompañados por su progreso escolar, principal factor de integración. Incluso, los Rivas configuraron una familia excepcional en la colonia al decidir adoptar a dos niños japoneses.¹³

La primera comunión, como ritual sacramental de la religión católica, era la cúspide de la trayectoria del aprendizaje religioso en el contexto de las colonias (ver Imagen 1 y 2). Dado lo retirado del entorno, aunque las clases las recibían cerca de sus ámbitos de vida, educación y trabajo, en los primeros tiempos se tomaba en parroquias de barrios más céntricos. La asistencia en estos casos era nutrida, de hecho, los adultos a cargo contrataban un colectivo exclusivamente para llevar a los niños y retornarlos a sus hogares una vez culminado el oficio religioso.

¹³ Margarita R., comunicación personal, mayo de 2015

Celeste De Marco

Imagen 1. Grupo de niños tomando la comunión en una iglesia local, acompañados por el matrimonio Rivas, "Colonia La Capilla", c. 1955



Fuente: Archivo personal de la autora

Grupo de niños de la comunidad japonesa de "Colonia La Capilla", acompañados por padres y otros adultos



En ambas colonias, para el público infantil los diferentes espacios referentes a la catequesis fueron de aprendizaje, donde se incorporaba una dimensión más de la cultura local que garantizaba un mejor arraigo, pero además el anhelado contacto con coetáneos. De este modo, la recreación infantil, que tomaba cuerpo en diferentes ámbitos (incluyendo el religioso), era en esencia también un universo de prácticas que, previstas por los adultos o propias de los niños, tendían a mejorar su integración.

Es importante notar que las comunidades japonesas en las colonias fueron las que estrecharon lazos más fuertes hacia su interior a través de la formación de clubes con actividades deportivas, lúdicas y educativas para adultos y niños, en ambas colonias. Sin embargo, en muchos casos la inserción de los adultos al nuevo medio -sobre todo si eran inmigrantes directos y recientes, como en “Colonia Urquiza”-, era bastante limitada a nivel lingüístico y cultural. Muchas veces los niños funcionaban como “puentes lingüísticos” entre el hogar familiar y el mundo exterior, revelando una dimensión agregada a su laboreo cotidiano y su función como integradores al escenario local. En esa línea, no resulta llamativo que la formación religiosa infantil haya sido advertida como un aspecto que a la vez de incluirlos a ellos mismos, sirviera como la traducción de un importante rasgo cultural para sus propios familiares adultos.

En “Colonia Urquiza”, si bien no hubo referentes comparables a los Rivas, existieron diferentes instancias para que los niños accedieran a la fe católica. Una de las expresiones más evidentes quedó cristalizada en la actitud de un reconocido y respetado miembro japonés en que insistía a sus pares en que accedieran a que sus hijos aprendieran las bases del catolicismo porque era “la *única forma* de que sufrieran menos, de que *no nos discriminaran*”.¹⁴ Su perspectiva, como es evidente, era compartida por otros miembros que facilitaron las condiciones para que sus hijos incorporaran una nueva fe.

¹⁴ Ana T., comunicación personal, marzo de 2015

Aun así, es interesante notar cómo esta recomendación no iba a contramano de la firme intención de esta comunidad de fortalecer sus actividades en el seno de su propia organización, el club japonés, que en no pocas oportunidades implicaba la recuperación de costumbres arraigadas en creencias que, en principio, no comulgaban con el catolicismo. Por eso es de notar cómo la transmisión de un legado cultural, patrimonial y simbólico se rasgaba en la dimensión que incluía las creencias, pero permanecía firme en otra serie de aspectos.

Es en especial notorio en “Colonia Urquiza” que los progenitores comprendían que la integración de sus hijos podía verse en dificultades en virtud de una práctica religiosa ajena para el medio local. Esta actitud era remarcada porque se trataba de inmigrantes directos, a diferencia de los colonos japoneses en “La Capilla”, con más experiencia de vida en el país. Es decir, negociar creencias frente al nuevo escenario fue una estrategia familiar y adulta para garantizar la aceptación de su prole, a la que consideraban en algún grado en desventaja por aspectos lingüísticos y de rasgos físicos.

En líneas generales, las clases de catecismo coadyuvaron la estrategia de arraigo diseñada por padres y adultos con influencia en las comunidades, aunque en ese proceso sin dudas también tuvo lugar un grado de aculturación de los niños. Sin embargo, en ese contexto los pequeños pudieran apropiarse de sus condiciones para generar lazos, reforzar su integración y distenderse en un medio atravesado por el trabajo y la incomunicación. Las clases de catequesis incluso pudieron recibir a quienes la escolarización primaria no incluía.

En suma, en ambas colonias, donde la expresión de religiones fue en principio diversa, estas experiencias de formación religiosa infantil se construyeron como espacios importantes que complementaron el ámbito escolar como escenario de encuentro de los niños que transitaban los campos. Sin embargo, más allá de las intenciones esgrimidas por el mundo adulto, el modo en que los niños se posicionaron frente a esta propuesta no fue aséptico. Más bien encontraron el modo de incorporar a su cotidianidad la posibilidad de sociabilizar en un espacio destinado a la religión.

Reflexiones finales

En el presente trabajo se propuso reflexionar sobre aspectos relacionados con la sociabilidad infantil, con mención del aspecto religioso que atravesaba las existencias de dos grupos de niños radicados en colonias agrícolas fundadas durante la etapa peronista, en los contornos rurales de la capital federal y La Plata.

De este modo, se sostiene que los niños, lejos de ser piezas accesorias e intermitentes en el mecanismo productivo familiar, cumplían diferentes roles que los ubicaban ampliamente en el campo explotado, de donde se obtenía el sustento familiar. En este marco, más allá del trabajo infantil como realidad inmanente, también la sociabilidad era muy importante y encontraba diferentes expresiones.

Si el mundo de los adultos había conseguido consolidarse en las colonias por medio de diferentes proyectos conjuntos, la vida infantil discurría con señas particulares a través de ellos. En efecto, los niños se daban encuentro en las reuniones de las cooperativas, clubes y carnavales para experimentar sus propias versiones de la vida social que tenía lugar en las colonias, en escenarios rurales. Por supuesto, la escuela era uno de los espacios más importantes donde los más pequeños de las colonias se podían encontrar para conversar, relacionarse y jugar. Tantos las horas áulicas como los recreos se convertían en verdaderas pausas de las exigencias que imponía el laboreo cotidiano.

Sin embargo, también es interesante ver como el aspecto religioso se configuró como un inesperado espacio de encuentro. Lejos de convocar a unos pocos, resultó ser una propuesta que incluyó a decenas de niños colonos a lo largo de las décadas de 1950-1970. Es de notar que las clases de catecismo eran avaladas por los adultos, en la medida en que, para algunos, como los japoneses, servía para fomentar oportunidades de encuentro y sociabilidad, pero también para facilitar el arraigo a una nueva tierra.

En este sentido, ciertas familias inmigrantes incorporaron en sus ciclos vitales estrategias que abrieron el juego a un nuevo conjunto de creencias, pues consideraban que podían convertirse en facilitadores de un mejor enraizamiento frente a un escenario nue-

vo, ajeno. En este entramado, también, algunas familias argentinas jugaron una función primordial al convertirse en proveedoras de espacios, saberes y prácticas que involucran la aprehensión de la religión católica.

Sin embargo, los motivos del éxito no sólo radican en los aspectos señalados, sino también en una agencia infantil capaz de interpretar el contexto y utilizar estratégicamente los espacios que se les brindaban para concretar lazos preciosos con coetáneos, dificultados por las distancias que existían entre las casas.

Lo anterior debe notarse en el marco de un Estado que había brindado oportunidades para el ingreso de familias rurales, como también urbanas, en tierras para producir, pero que no acompañó de modo armonioso su asiento a través de políticas efectivas de acompañamiento que incluyeran su bienestar. Por eso la apuesta a la construcción de espacios comunitarios tuvo una importancia innegable en ambas colonias, y en los márgenes de las iniciativas adultas, discurrieron prácticas infantiles que incidieron en el arraigo del núcleo familiar.

En ese contexto, los hijos más pequeños de las familias se convirtieron en intérpretes, no sólo (casi siempre) de la lengua local, sino también de la historia, las costumbres y los valores del país que los acogía, aspectos que aprendían en la escuela, y también de las creencias, como incorporaban en las clases de catequesis. La transmisión de estos contenidos a partir de sendos espacios educativos sin dudas influyó en el modo en que las familias inmigrantes y los propios niños experimentaron un proceso de arraigo dificultado por circunstancias propias del escenario que habitaban y la política colonizadora que los había derivado allí. Lo anterior en el marco de un periurbano rural cuyo análisis histórico devuelve una imagen compleja de diversidades productivas, pero también sociales, migratorias, familias y etarias, bajo el particular calidoscopio de las experiencias infantiles.

Referencias

- Agulhon, M. (1968). *Pénitents et Francs-Maçons de l'Ancienne Provence: essai sur la sociabilité méridionale*, París: Fayard.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid: Taurus.
- Ascolani, A. (2012). "La escuela primaria rural en Argentina. Expansión, orientaciones y dificultades (1916-1932)". *Revista Teías*, 13 (28), 309-324.
- Balsa, J. (2013). "Las políticas de colonización y regulación de los arrendamientos del peronismo clásico (1946-1955) y los posicionamientos de la Sociedad Rural Argentina y la Federación Agraria Argentina". *Revista Estudios del ISHiR*, 3(6), 23-42
- Bernetti, J. y Puiggrós, A. (1993). *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*. Buenos Aires: Galerna.
- Bianchi, S. (1992). "Iglesia católica y peronismo: la cuestión de la enseñanza religiosa". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 3 (2), 89-103.
- Biernat, C. (2007). *¿Buenos o útiles? La política inmigratoria del peronismo*. Buenos Aires: Biblos
- Bjerg, M. (2012). *El viaje de los niños. Inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la segunda posguerra*. Buenos Aires: Edhasa
- Blanco, M. (2007). *Reforma en el agro pampeano: arrendamiento, propiedad y legislación agraria en la provincia de Buenos Aires 1940-1960*. Bernal: UNQ.
- Campigotto, M. (2012). "Mondes d'enfants. Ethnographie des «premieres comunions» a la Paroisse Natività di Maria Vergine (Castelbuono, Sicile)". *AnthropoChildren*, 2, 1-21.
- De Marco, C. 2018a. *Colonización agrícola en el periurbano bonaerense. Políticas, familias y memorias (1950-1980)* (Tesis doctoral), Universidad Nacional de Quilmes – Buenos Aires, Argentina. <https://doi.org/10.20396/temáticas.v26i51.11634>
- De Marco, C. 2018b. Las (pequeñas) manos que trabajaron la tierra. Vida infantil y recuerdos en el periurbano rural de Buenos Aires (Argentina, 1956-1960). *Temáticas* 26, (51): 215—248. <https://doi.org/10.20396/temáticas.v26i51.11634>
- De Marco, C. 2019. Echar raíces en tierra fértil. Producciones, domesticidad y memorias de familias rurales en la colonización tardía argentina (medianos de siglo XX), *Tempo e Argumento. Revista de Historia do Tempo Presente*, 11 (28): 8-46
- De Marco, C. Colonización agrícola japonesa en Argentina. Estudio de dos casos en la provincia de Buenos Aires (1950-1960), *Migraciones internacionales*, 8(4): 137-165

- Galli Pujato, J. M. (1950). *El problema de la tierra y de la colonización nacional*. Santa Fe: La Facultad UNL.
- García Palacios, M.; Bilinkis, M., Enriz, N., Aveleyra, R., Boffelli, C., & Boyadjian, R. (2018). Educación, niñez y religión: Una revisión en busca de coordenadas para su estudio. *Religião & Sociedade*, 38(1): 181-195.
- Gélis, J. (1989). La individualización del niño. En: P. Ariès & G. Duby, *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*, Vol. III. Madrid, España: Taurus
- Gottlieb, A. (2008). Do Infants have religion? The Spiritual Lives of Beng Babies. *American Anthropologist*, 100 (1):122-135
- Guereña, J.L. (2005). *Sociabilidad, cultura y educación en Asturias bajo la Restauración (1875-1900)*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- Gutiérrez, T. (2012). Familia o familias rurales en la región pampeana. Representaciones y Condiciones de vida, 1930-1943. En Lázaro, S. & Balsa, J.J. *Actores sociales, Estado y política en el agro pampeano, 1930-1943*. Buenos Aires, Argentina: Ciccus
- Lattuada, M. (1986). *La política agraria peronista (1943-1983)*, Tomo 1. Buenos Aires: CEAL.
- Motilla Salas, X. (2010). Historia de la sociabilidad, el asociacionismo y la educación en la España contemporánea. *Historia de la Educación*, 31 (61): 339-358
- Mueller, M. & Elder, G. (2003) Family Contingencies across the Generations: Grandparent–Grandchild Relationships in Holistic Perspective, *Journal of Marriage and Family*, 65 (2): 404–17
- Nicoletti, M. A. (2008). *Indígenas y misioneros en la patagonia. Huellas de los salesianos en la cultura y religiosidad de los pueblos originarios*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Puigrós, A. (2012). *Qué pasó en la educación argentina*. Buenos Aires: Galerna.
- Ridgely, S. (2012). Children and religion. *Religion Compass*, 6 (4): 236–248.
- Tedesco, J. (2003). *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zanatta, L. (1996). *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: UNQ.
- Zaro, A. (2016). Habitar la memoria a través de las generaciones. La transmisión religiosa en familias de diferentes credos en Padua, 2012-2013. *Estudos de Religião*, 30 (3): 1-17

Entrevistas

Ana, T. Argentina, hija de japoneses. Docente de nivel primario. Nacida en

“Colonia Urquiza”. Ex alumna de la escuela primaria N.º 57. Se cas3 con un descendiente de japoneses de Florencio Varela y se radic3 en la zona rural de Villa San Luis.

Carlos, N. Argentino, hijo de japoneses. Ex productor, jubilado. Sus padres japoneses vinieron de Per3, se instalaron en Longchamps y luego en Florencio Varela, donde eran medieros. En 1954 llegaron a «Colonia La Capilla» y se dedicaron especialmente a producir verduras de hoja. Ex alumno de la escuela primaria de la colonia.

Margarita, R. Argentina, de ascendencia japonesa. Jubilada docente. Docente y directora de escuela nro. 4 en la d3cada de 1980. Fue criada a los 2 a1os por un matrimonio argentino originarios de Lobos que estaban radicados en la “Colonia La Capilla”, donde se dedicaron a la producci3n granjera y apicultura. Tambi3n administraban el almac3n de la cooperativa.

María, B. Argentina. Lleg3 a “Colonia La Capilla” en 1951 cuando tenía 6 a1os con sus padres, quienes vinieron desde Entre Ríos a trabajar en producci3n hortícola y de granja. Ex alumna de la escuela primaria de la colonia.

Martín, G. Argentino. Ex productor, comerciante. Lleg3 en 1951 cuando tenía 6 a1os junto a sus padres italianos y 12 hermanos desde Las Flores, donde se dedicaban a las faenas rurales. Se dedic3 a la producci3n hortícola y fund3 una empresa familiar, “Giaver”, distribuidora de hortalizas. Ex alumno de la escuela primaria de la colonia.

Norma, M. Argentina, hija de japoneses. Productora. Naci3 en “Colonia Urquiza”, donde ayud3 a sus padres en la actividad florícola. Actualmente est3 radicada en Bolivia, junto a su marido, donde desarrollan tambi3n esta producci3n. Hermana de Carolina. Ex alumna de la escuela primaria N.º 57. Entrevista realizada en colaboraci3n con Irene Cafiero.

Silvia, D. Argentina, hija de italianos. Sus padres se dedicaban a la horticultura en Ranelagh (partido de Berazategui, zona sur), cuando se mudaron a la colonia en 1951 ella tenía 1 a1o. Ex alumna de la escuela primaria de la colonia.

Vicenta, G. Italiana, ex productora, ama de casa. Lleg3 en 1954 junto a sus padres italianos a “Colonia La Capilla” cuando tenía 12 a1os junto a sus padres y hermanos, se dedicaron a la horticultura. No asisti3 a la escuela N.º 4 debido a las dificultades que le generaba el idioma. Se cas3 con un vecino colono italiano, Domenico Mancinelli.